



El canto del gallo

## Artemio Conejos

Juan Antonio Usord

Hoy inaugura Cedrillas su Feria de Ganados, una de las más llamadas de la comarca junto con la de Mora de Rubielos, que también la celebra este mes. Otros años escribíamos Francisco Lázaro Polo y yo cuentos y fábulas sobre esta tierra de roca y cascajo en la que, desde principios de siglo, fueron los hombres poseídos por el demonio del éxodo rural. Vicente Guillón, el alcalde de Cedrillas, hizo la carrera de Derecho y se quedó, sin embargo. El sabe, con Lázaro Polo y conmigo, que los últimos cinco años de soledad de esta provincia han llenado esta tierra de lamento y lástima, de adioses definitivos, de cierres de minas y ferrocarriles, de cerrojazos de muerte en pueblos que no tuvieron salvación, de reclusión de gente vieja y tullida en el vasto paraíso/hospital/sanatorio de 15.000 kilómetros cuadrados por donde transitan cien mil turolenses menos que hace cien años.

El canto a los jamoneros es justo. Los jamoneros de aquí vieron claro el futuro de Teruel, fueron pioneros, peregrinos de reliquias, alimentaron una lejana esperanza en don Cerdo, ese portentoso animal que, en tiempos de escaseces, era criado por el ama, con singular mimo, en una dependencia de la casa. Artemio Conejos es uno de estos privilegiados pioneros. Lleva cuarenta años almacenando y curando jamones, perfeccionando la calidad de esta gollería turolense a la que el Consejo Regulador D.O. le puso en el pecho la estrella de ocho puntas, lo nombró sheriff, lo elevó a la categoría de generalato y lo vistió de largo en los salones y en los restaurantes de postín, para caminar luego por las rutas alimentarias de la Comunidad Europea y América.

El secadero de Artemio Conejos -lo destaca como símbolo del sector- que orea entre las sierras de Castelfrío (1753 m.) y las de Javalambre y Gúdar (2.020 m.) -es, por antigüedad y derecho propio, el más emblemático de Cedrillas. Cuando, por esos años cincuenta a sesenta,

los mil inconvenientes de la despoblación para recoger en su pequeño secadero las preciadas reliquias de don Cerdo que, luego, bailaban, colgadas en el granero, durante un año, el vals del cierzo y de la nieve. Esta bucólica estampa que ustedes han visto repetidamente en el entorno rural, es, sin embargo, la quintaesencia de muchos meritos turolenses.

Me atrevo, pues, a colorear las negras tintas con que mi gallo Gilberto ha empezado este canto. Cuando el alcalde de Teruel, Javier Velasco, me dio la oportunidad de pronunciar, hace algunos años, el pregón del jamón, cité ya el nombre de Artemio Conejos. Andaban ya, en el negocio, con él, desde luego, su santa esposa, y algunos de sus tres hijos, Artemio, Felicidad y Laura. Lo cité como arquetipo del jamón nero turolense que se fue haciendo en la forja de cada día, peregrino de las fabulosas reliquias de la alta y dura sierra.

Y lo cito ahora, porque todos los augurios que entonces le hice se han cumplido. Pero, también, porque este hombre, y otros pocos como él, cubrieron el vacío comercial tratando con celo y amor esa pieza que solo exigía amor y celo, pues no en vano ha sido la bien nombrada en el mundo rural, la esencia de todas las filosofías campesinas, la que salvó a tantos turolenses de la hambruna de la postguerra, de los desfallecimientos a las parturientas, de las despensas menguadas y descuidadas.

Cuando entro en los secaderos de estas familias turolenses que tratan y miman el jamón a la antigua usanza, con cierta unción de respeto religioso, me siento orgulloso de que el ejemplo de mi amigo de Cedrillas haya cundido, y que las nuevas generaciones de jamoneros se prodiguen, estimulen y triunfen. El ciclo humano se completa. Los hijos de los señeros empresarios del jamón de Teruel son hoy licenciados en económicas, derecho y periodismo, como sucede con los tres hijos